

¿MUJERES TEÓLOGAS EN LA COMUNIDAD JOÁNEA?



Carmen Bernabé Ubieta

Este trabajo presenta con originalidad el papel de las mujeres en el evangelio de Juan y destaca su importancia en la comunidad joánica. Partiendo de la estructura misma del evangelio, se puede percibir una preeminencia de las figuras femeninas en momentos clave de la composición narrativa y teológica de la obra. El acercamiento a las escenas donde las protagonistas son las mujeres, la madre de Jesús en las bodas de Caná, la Samaritana, la confesión mesiánica de Marta y la unción de María de Betania, las mujeres al pie de la cruz y el protagonismo de las mujeres y de María Magdalena en el encuentro con el Resucitado, permite destacar las diversas funciones de la mujer, en la concepción del evangelista, como testigos, discípulas y misioneras, y, a través de ello, se hace patente su representatividad y se adivina un cierto liderazgo en la comunidad.

1. Introducción

ES muy posible que a cualquiera que lea el evangelio de Juan le llamen la atención, en un primer momento, las largas narraciones que tienen por protagonista a una mujer. Una lectura más pausada y un análisis más detenido de toda la obra muestran que estas narraciones se encuentran en momentos muy significativos de la estructura narrativa del cuarto evangelio, y que el mensaje incluido en ella es teológicamente importante. Una lectura más profunda que no puede dejar de atender a las tradiciones veterotestamentarias subyacentes en los textos.

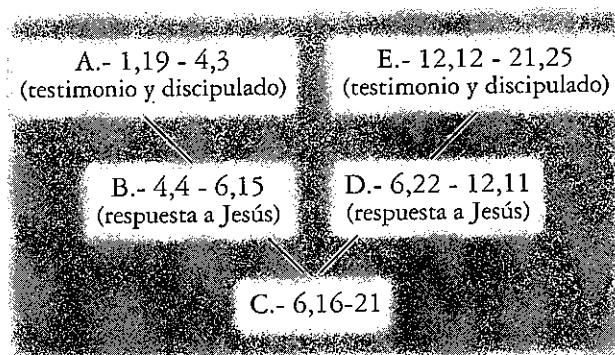
Una de las operaciones que, después de la muerte y resurrección de Jesús, realizaron los primeros cristianos con su persona y su vida, palabras y hechos que les transmitieron los discípulos reunidos en torno a Jesús, fue tratar de comprender todo ello a la luz del AT. Y de ese modo lo entendieron como el cumplimiento de algunas cosas que allí se anunciaban. Jesús y su vida fueron leídos a la luz de los personajes más relevantes del AT, (Moisés, José, Jacob, Elías....), y de las promesas allí contenidas. Esta operación se denomina "relectura o interpretación midrásica", y explica la cantidad de citas explícitas o implícitas del AT que se pueden observar en el NT. Muchas de estas citas son "citas de cumplimiento", que ven cumplido en Jesús o en un determinado hecho de su vida lo que se anunciaba en las Escrituras.

Esta operación es la que se muestra importante para el tema del presente artículo. Curiosamente, las tradiciones veterotestamentarias a las que se ha recurrido en muchos textos de Evangelio de Juan para dar luz o interpretar desde el AT ciertos pasajes de la vida y mensaje de Jesús son tradiciones en las que aparecen mujeres con un papel activo o favorable. Es inevitable preguntarse el porqué de semejante circunstancia, así

como su relación con la comunidad joánica. Dada la brevedad de este artículo sólo será posible ofrecer unas cuantas ideas sobre el tema. Es necesario comenzar por un análisis —aunque deba ser somero— de las narraciones donde aparecen más directamente mujeres como protagonistas, para poder después lanzar algunas hipótesis.

2. Estructura literaria y secciones donde aparecen mujeres

P Ellis estructura el evangelio de Juan en 5 partes, que, sobre la tercera (6,16-21), cierran el recorrido, correspondiéndose la primera con la sexta y la segunda con la cuarta. Los temas que se presentan en las dos primeras partes son retomados y profundizados en la segunda. Gráficamente, esa estructura *quiasmática* quedaría así:



Las mujeres con papeles prominentes aparecen en cada una de las cuatro partes fundamentales, en momentos importantes narrativa y teológicamente:

En la primera se narra la escena de una boda en Caná y en ella aparece María, la madre de Jesús.

En la segunda se encuentra el episodio del diálogo entre Jesús y la Samaritana.

En la cuarta son dos narraciones las que tienen a mujeres como protagonistas: a Marta (y María) en la confesión de fe cristológica, y en la resurrección de Lázaro; y a María (y Marta) en la unción de los pies de Jesús en una cena en Betania. En esta cuarta parte se encuentra también el episodio de la mujer adúltera, que suele dejarse aparte porque se piensa, generalmente, que es de origen lucano más que joánico.

En la quinta parte hay dos narraciones: las mujeres a los pies de la cruz y la primera aparición del Resucitado a María Magdalena.

3. *La madre de Jesús y la boda en Caná (Jn 2)*

UNO de los hilos narrativos del evangelio de Juan son los signos que realiza Jesús y que provocan la toma de posición respecto a su persona.

En Caná tiene lugar el primer signo que realiza Jesús, y provocándolo está una mujer: su madre. Esta escena queda abierta a su realización plena, que tendrá lugar en lo que se llama misteriosamente "la hora", y que más adelante se descubrirá como la hora decisiva de la muerte y resurrección. Allí volverá a estar presente su madre, y será entonces cuando lo que se apunta en esta escena llegue a su plenitud.

Aquí Jesús ya se presenta como el novio, o quizá mejor como el amigo del novio, que da abundantemente el vino que celebra la vida. Su madre es testigo de su posibilidad-realidad aún no manifestada, y al provocarla posibilita que sus discípulos comiencen a creer en él.

Pero Jesús establece ya una distancia entre él y su madre. Allí el papel de su madre se descubrirá redefinido y resituado. Si aquí es una madre y un hijo, y si ya apunta una nota de distancia crítica entre ambos, allí quedará claro la valoración de la madre y su lugar en la nueva comunidad: es el discipulado el lugar y el papel más importante.

La crítica implícita al lugar preeminente que en aquella sociedad tenía la madre en la vida y afectividad del hijo, comienza a ser puesta en cuestión para culminar en la cruz, con una redefinición de esta función, y la relativización de su importancia para la mujer en una comunidad donde lo más importante es ser discípulo o discípula. Esta crítica la realizan también los otros evangelistas, aunque de forma más directa (Mc 3,31-35).

En otro lugar he desarrollado la tesis de que Juan parece utilizar el Cantar de los Cantares para hacer, bajo su luz, una lectura de la persona de Jesús. Y comenzaría ya aquí presentándolo, de forma aún velada, como el novio que Juan Bautista anunciará algo más tarde (3,29). El trasfondo tradicional veterotestamentario de la escena parece estar aludiendo al Cantar en el que la mujer es presentada de forma positiva nada convencional, de forma que quizá ya, en la misma elección de ese sustrato, se pueda percibir una cierta crítica respecto a los esquemas relacionales tradicionales de la familia patriarcal que, como se ha dicho, en los sinópticos son también abordados, aunque más directamente.

Después de este primer momento Jesús sube a Jerusalén, donde realiza otros signos, entre ellos el del Templo. "*Muchos creyeron en él al ver los signos que realizaba, pero Jesús no se confiaba a ellos...*" (2,23-24). Inmediatamente después del episodio sobre la falta de comprensión acerca de quién es Jesús y cuál es su misión, por parte de los judíos representado por la perícopa de Nicodemo, el evangelista introduce a Juan

Bautista dando testimonio de Jesús y presentándolo como el Novio a quien él asiste, como el que viene del Cielo, como el Hijo.

Y es entonces cuando aparece en escena otra mujer, la Samaritana. Ella va a dar testimonio de Jesús.

4. La Samaritana (Jn 4)

EL texto describe una situación de la comunidad postpascual: su actividad misionera en Samaria. En esta perícopa la mujer es presentada en cierto paralelismo antitético con Nicodemo —varón, fariseo, maestro de la Ley, jerosolimitano—, mientras ella es mujer, samaritana, y su posición moral parece algo irregular. Sin embargo, ella es quien sabe comprender quién es Jesús, y el alcance de su mensaje y su persona. Discute con Jesús sobre cuestiones teológicas de la esperanza mesiánica propia de los samaritanos —las tradiciones patriarcales a las que alude, el mesías profeta, el lugar de culto...—, y se va abriendo a Jesús hasta que (“*dejando el cántaro, corrió a la ciudad...*”) va corriendo a la ciudad a correr la voz. Se trata de un gesto que recuerda a los discípulos que en los sinópticos, cuando dejando las redes (los útiles de la labor cotidiana), siguen a Jesús. Esta mujer corre a contar y a dar testimonio sobre Jesús: ¿No será el Cristo? (4,29). Se nos dice que por su testimonio muchos llegaron hasta Jesús, y oyendo su palabra creyeron en él. La mujer aparece aquí con el papel típico del discípulo-testigo en Juan: llevar a otros a Jesús para que tratando con él, y escuchándole, crean. Aquel pueblo *Cree por su palabra*. La expresión griega utilizada para aludir a ello es muy significativa, ya que aparece después, en la oración de despedida de Jesús (17,20), para aludir a sus discípulos. Es evidente que el evangelista está utilizando la misma expresión para referirse a esta mujer y a los discípulos.

Las tradiciones veterotestamentarias que aparecen aludidas en esta narración son las historias patriarcales. Los patriarcas encuentran a las futuras matriarcas en el pozo. En concreto, en el “dame de beber” de Jesús resuena el “dame un poco de tu agua” (Gn 24,17) que el siervo de Abraham pide a Rebeca cuando, por orden de éste, va a buscar esposa para Isaac de entre las hijas del hermano de su padre. Rebeca, Raquel, fueron las matriarcas a las que los patriarcas Isaac y Jacob encontraron en el pozo (Gn 24,29). También se cuenta lo mismo de Séfora y Moisés (Ex 2,16-23). En torno a un pozo se dirige Dios a Hagar, la madre de Ismael, prometiéndole que de su hijo nacería otro gran pueblo (Gn 16). El pueblo de Israel acabó por identificar todos los pozos y las aguas que sacó Moisés de la piedra en un mismo pozo al que llamó “el pozo de Mariam”, por la hermana de Moisés y Aharón, quien junto a ellos fue llamada por Yahveh para sacar al pueblo de la esclavitud y guiarlo a la tierra prometida (Miq 6,4).

Las matriarcas aparecen contribuyendo a la formación del pueblo de Israel, igual que los patriarcas. Están en los inicios del pueblo con un papel decisivo, y así son recordadas. Todas estas tradiciones que subyacen en los textos evangélicos de Juan hacen memoria de estas historias y de sus protagonistas. Ellas colaboraron con Yahveh en llevar adelante la historia de salvación. De entre todas ellas, sin duda fue Rebeca, a quien el siervo de Abraham encontró en un pozo, la que aparece con una iniciativa mayor: es ella quien decidió que se iría a otra tierra para casarse con Isaac y comenzar una nueva vida. Ella llegaría a ser la madre de Jacob, y a tener un papel decisivo en el destino de éste (Gn 27), y por extensión en el pueblo de Israel.

El episodio de la Samaritana y el protagonismo de esta mujer en él obligan a preguntarse por el papel misionero de las mujeres en aquella misión samaritana y en sus primeras comunidades.

5. Marta y la confesión cristológica.

María y el discipulado (Jn 11)

EN la sección paralela a aquella donde se encuentra la perícopa de la Samaritana, hallamos el episodio de la resurrección de Lázaro. En ella aparecen dos mujeres: las hermanas Marta y María.

El episodio refleja la problemática de la comunidad postpascual ante la muerte de algunos de sus miembros, y cómo queda iluminada por la fe en la resurrección de Jesús. Algo no suficientemente subrayado es que la confesión cristológica en Jesús, que en los sinópticos la hace Pedro (Mt 17,15-19), aquí es hecha por Marta. “*Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo*” (11,27). En ambos casos quien confiesa representa a la comunidad. Si en la sección paralela aparecía la Samaritana, que decía “*¿no será éste el Cristo?*”, Marta confiesa aquí: “*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios...*”. Y en este momento el conocimiento de Jesús y la respuesta a su palabra y a su persona se profundizan en su sentido y alcance.

Después de su confesión, esta mujer, como es habitual en los testigos y discípulos en Juan, lleva a su hermana a Jesús, transmitiéndole su llamada: “*El Maestro está ahí y te llama*” (11,28). María es llamada como discípula y su respuesta es positiva, ella acude corriendo. La confesión cristológica y el discipulado abren el camino a la resurrección de Lázaro, y de nuevo, con el mismo esquema, gracias a ello, otros acabarán creyendo en Jesús (11,45).

Son dos mujeres las que aparecen con un papel decisivo en la resolución de la problemática comunitaria.

6. María y la unción

del reconocimiento mesiánico (Jn 12)

MIENTRAS algunos judíos que habían ido a casa de María, viendo lo sucedido —el signo—, creyeron en Jesús, los dirigentes judíos deciden matar a Jesús porque tienen miedo a los signos que realiza. A ellos los signos no les llevan a la fe, sino a decidir acabar con Jesús.

Con esta intención de los dirigentes en el horizonte, y en vísperas de la Pascua, en el mismo escenario de Betania, y con los mismos protagonistas, Jesús es invitado a una cena. En ella, la misma María hace un gesto simbólico: unge, con un perfume muy valioso, los pies de Jesús —al contrario que Mateo y Marcos, quienes indican que esta unción se hizo en la cabeza, como por otra parte era normal en las unciones reales—. Es lógico pensar que los pies tienen, por tanto, un significado pretendido en la narración de Juan. Además, Juan sitúa este gesto la víspera de la entrada mesiánica en Jerusalén y, con ello, adquiere un significado claro: María, declarada discípula en el capítulo anterior (cap.11), reconoce a Jesús como el Mesías, pero, profundizando un paso más respecto a la confesión cristológica de Marta, este mesianismo de Jesús es definido de forma particular: se trata de un rey pacífico. El matiz lo dan precisamente las tradiciones veterotestamentarias que se encuentran en el trasfondo del relato.

Primero, hay varias coincidencias terminológicas exclusivas, referidas al perfume, que están relacionando la escena con el Cantar de los Cantares. En Cant 1,12 el amado es definido como un rey que está recostado, mientras la amada derrama nardo para él; un rey que es identificado con Salomón (Cant 3,9-11), el constructor del Templo, amante de la Sabiduría y, aunque en realidad no lo fue, como un rey pacífico.

Todos estos aspectos aparecen en Juan: Jesús reemplaza al Templo, es el revelador de una nueva Sabiduría.

Segundo, los pies ungidos, y la cita en el v. 13 de Zac 9,9 redundan la identificación del mesianismo de Jesús con un tipo de mesianismo diferente, con un mesianismo pacífico, humilde, tanto que en un gesto paralelo lavará los pies a sus discípulos, poniendo semejante gesto —propio de mujeres— como característico del discípulado. Un mesianismo que habría de pasar por la muerte y la sepultura con la que también está relacionado este gesto de la Unción.

Una vez más, es una mujer quien hace la confesión y la identificación del mesianismo de Jesús, y una vez más parece existir una experiencia de mujer en los gestos, imágenes, y en combinación de tradiciones veterotestamentarias elegidas en la reflexión de la comunidad postpascual.

7. Las mujeres al pie de la cruz (Jn 19,25-28)

JUAN menciona a los pies de la cruz a cuatro mujeres: “su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena”, como testigos de “la hora” de Jesús que había sido anunciada a lo largo del evangelio (1,51; 2,4; 3,15; 4,21...). Los temas que aparecían en aquellos lugares vuelven a estar presentes aquí, pero, ahora, en su sentido pleno. Ahora Jesús es levantado como la serpiente de bronce en el desierto para dar la salud (3,15); ahora mana de su mismo cuerpo—convertido en el nuevo Templo— la fuente de agua de vida (4,21), ahora es la hora de la que hablaba a su madre (2,4). Ahora es el momento en el que iban a ver los cielos abiertos y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre, convertido en la escalera que conecta cielo y tierra

(1,51). Y en esta hora, y en este lugar —a los pies de la cruz—, se hallan cuatro mujeres (y el simbólico discípulo amado) contemplando, siendo testigos y participando de lo que acaece.

Una vez más las citas señalan las tradiciones del AT desde las que la comunidad joánica postpascual comprendió y expresó el significado profundo de lo que había significado la muerte-glorificación de Jesús. Y de nuevo, en Juan, aparece Zacarías: “Mirarán al que traspasaron” (Zac 12,10). La cita, de la que sólo se transcribe una frase, pertenece a un contexto muy significativo: la constitución del nuevo pueblo a partir de un resto purificado que ha permanecido fiel y por lo cual ha recibido el espíritu de Yahveh y la fuente de aguas vivas que ha sellado la nueva Alianza. Curiosamente, en la misma cita a la que alude Juan, Zacarías habla de que mirando al Traspasado se encuentran mujeres de cuatro familias que representan a todo el pueblo (Zac 12,12-14), a ese Resto que dará lugar al nuevo pueblo. Como las cuatro mujeres que permanecen a los pies de la cruz, en representación de la comunidad.

En Jn 1,51, donde se alude también a este momento, a esta hora, Juan hace referencia al pasaje donde Jacob sueña con una escala que une cielo y tierra, y por la que transitan los ángeles de Dios. Juan ha usado esta tradición de la escala de Jacob según el Targum.

Curiosamente, existe una variante de un Targum muy antiguo, el Neófiti, en el que en este pasaje de Gn 28,11 aparecen también cuatro mujeres implicadas en la formación del pueblo de Israel —además del patriarca Jacob—. El texto dice así: “Y llegó al Templo y pernoctó allí porque se le puso el sol, y tomó cuatro piedras de aquel lugar santo, y las colocó de almohada, y se unieron en una sola piedra. En ese tiempo conoció que había de tomar cuatro mujeres y que de ellas habrían de salir cuatro campamentos que serían un solo pueblo...”.

Es difícil datar estas traducciones targúmicas, y aún más saber si Juan pudo conocer esta variante, pero no deja de ser sorprendente que volvamos a encontrar el tema de cuatro mujeres (cuatro matriarcas) —como en Zacarías— colaborando en la formación del pueblo de Israel. Y no deja de ser significativo que esta tradición esté puesta al comienzo del evangelio, en paralelo a la escena de la cruz, aludiendo a ésta con el concepto teológico de la “hora”, a cuyos pies se hallan cuatro mujeres, y donde las tradiciones veterotestamentarias subyacentes de Zacarías aluden al tema de cuatro mujeres. Mujeres que colaboraron en la formación del pueblo, que representan al nuevo pueblo, testigos y representantes de ese nuevo pueblo. Un nuevo pueblo donde los valores y las relaciones son también nuevas. Es ahí donde queda definido el papel de la madre de Jesús. Juan, a diferencia de los sinópticos, sitúa a la madre de Jesús en esta escena que es paralela a aquella primera de la boda en Caná, y que profundiza lo esbozado allí. Queda claro que, en este nuevo pueblo, la familia natural ha ampliado sus límites y sus roles.

Targum: traducción litúrgica al arameo, oral antes que escrita, y que facilitaba la aplicación de lo traducido a la comunidad; se leía en las sinagogas, y nos permite conocer cómo se interpretaba la Escritura en tiempos de Jesús

juzgar por la cantidad de aromas y ungüentos empleados). Un Amado que recuerda en su preparación real al Amado caracterizado como Rey Salomón (3,4-8) y que va a salir al encuentro de la Amada en ese mismo Jardín.

Juan utiliza de forma muy personal las tradiciones existentes sobre la sepultura, el sepulcro vacío, y las apariciones, para llevar a cabo lo que parece ser su plan literario. María

Magdalena, que representa a la comunidad y que sale corriendo a buscar al Amado, recuerda a la Amada del Cantar (3,1-3); y, como ella, pregunta a quien se le pone en medio. Y no le reconoce hasta que él sale a su encuentro y le llama por su nombre. Esta mujer es definida aquí como discípula de Jesús que conoce la voz de Jesús (10,1-4-14) y responde a ella: “Maestro” (*Rabbonni*). Ella le reconoce como Maestro, el único que puede dar el saber definitivo, el que procede de “arriba” en términos muy joáneos. Y así es, en efecto, ella es receptora y testigo de la primera aparición del Resucitado y de la revelación sobre su nuevo estado: “*Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*”. Ella es enviada a los discípulos con el mensaje.

8. La profanía del Resucitado a María Magdalena

ES extraño que Juan, que describe tantas veces a las mujeres como testigos, no las describa siéndolo de la sepultura de Jesús. Pero posiblemente tiene una razón: su plan literario, que parece hacer de la sepultura la preparación del Novio para el encuentro con la Amada en el Jardín de la Resurrección. Ese Novio que fue anunciado al comienzo del Evangelio, que ha sido ungido, que es preparado por los dos amigos con una sepultura real (a

La comunidad recibió por revelación —del mismo Resucitado— la noticia de que la muerte no había podido con Jesús. Por eso lo ponen en boca del ángel o los seres celestes cuando narran el relato del sepulcro vacío. Sin embargo, en Juan, aunque esta tradición aparece, no tiene apenas relieve porque es el mismo Resucitado quien se lo revela a María Magdalena y es ésta quien se lo transmite a los demás discípulos.

En este relato se ve que María Magdalena representa a la comunidad, como Amada que se encuentra con el Amado que le dice cómo será su relación de ahora en

adelante, pero también aparece como discípula a la que el Maestro le da un saber definitivo. Los aspectos están muy unidos. La auténtica Sabiduría tiene mucho que ver con la experiencia y con el amor. Reconocer en sentido bíblico es igual a conocimiento existencial que implica amor y confianza. En todo ello se deja ver la comunidad de Juan y la centralidad que, para ella, tenía la relación con Jesús.

Sin embargo, el papel representativo no oscurece el papel importante que la figura histórica de María Magdalena parece haber tenido en aquel primer momento y de lo que han quedado huellas en tantos escritos extracánonicos. Sin esta relevancia histórica en aquella primera comunidad no habría podido representarla.

9. La comunidad joánica, la relectura midrásica y las mujeres

AL final es el momento de reunir algunas conclusiones sobre la imagen y el papel con el que aparecen las mujeres en el evangelio de Juan. Ellas aparecen como protagonistas de largas narraciones teológicamente importantes, situadas en lugares clave del desarrollo literario y teológico de la obra de Juan.

Las mujeres presentadas muestran una gran capacidad de iniciativa que a veces levanta críticas y sospecha en los varones, quienes aplican en su juicio los patrones culturales tradicionales de comportamiento de los géneros. En esas ocasiones Jesús sale en defensa de estas mujeres y de sus acciones (Samaritana, María de Betania).

Las funciones de las mujeres que aparecen en el evangelio de Juan son cruciales para la vida de la comunidad:

son testigos, discípulas, cuyo testimonio lleva a otros a Jesús y a la fe. Representan a la comunidad en momentos tan importantes como la confesión cristológica, donde se reconoce a Jesús como el Cristo, "el Hijo de Dios que tenía que venir al mundo" (Marta). Confesión que en los sinópticos es realizada por Pedro. De la misma forma, es una mujer, María de Betania, la que reconoce la forma especial de mesianismo que se realiza en Jesús. Es una mujer, María Magdalena, quien recibe



la primera aparición del Resucitado y la revelación de lo que esto supone, siendo enviada a transmitirlo a los demás.

Así pues, los roles en los que son presentadas las mujeres en el cuarto evangelio son de testimonio, responsabilidad, y se adivina un cierto liderazgo, representatividad, discipulado, misión. Aparecen con un papel activo en la vida comunitaria, sea en cuanto misión o en cuanto reflexión.

Un aspecto llamativo que merece ser subrayado. Muchas de las tradiciones veterotestamentarias y targúmicas utilizadas en la relectura midrásica, con la intención de iluminar lo sucedido en Jesús, coinciden en contener menciones a mujeres importantes, con iniciativa, confianza, liderazgo, o un papel positivo en la historia de la salvación. Todas estas tradiciones hacen visibles a mujeres que participaron en llevar adelante esa historia salvífica. Es interesante preguntarse por la razón de esa elección.

Tanto R. A. Culpepper como R. Brown parecen estar de acuerdo en atribuir un papel importante a la comunidad en el proceso de composición del evangelio de Juan. Una de las razones, según Culpepper, es precisamente ese uso que se hace del AT: "El concepto joáneo de discipulado y el rol de Jesús como Maestro (ambos en relación con el rol del Discípulo amado) sugiere que la comunidad estaba implicada en el estudio y la interpretación de las enseñanzas de Jesús y de las Escrituras (2,22). La reflexión del evangelio sobre estas actividades sugiere, con fuerza, que el evangelio fue escrito dentro de una comunidad. La comunidad joánea estudió las Escrituras para verificar y explicar las palabras de Jesús (5,46)".

Los dos autores citados coinciden en que al menos un círculo de la comunidad se dedicó al estudio de las Escrituras, de las palabras de Jesús, y a su iluminación

mutua llegando a dar una forma más literaria a las tradiciones recibidas que llegarían a formar la base del Evangelio. Esto es algo que se dio también en la comunidad de Mateo.

Es en esta tarea y en este círculo donde, con gran probabilidad, hubo también mujeres con un papel importante. Como se ha visto en el evangelio de Juan, las mujeres aparecen como discípulas, hacen la confesión cristológica, reciben la revelación, preguntan y discuten de teología... aprenden del mismo Jesús. Mujeres que conocían las tradiciones y la Escritura, y que en la búsqueda de su mutua iluminación se fijaron en aquellas tradiciones que podían iluminar mejor lo que Jesús suponía para cualquiera que creyera en él, y en concreto para las mujeres, pues su actitud hacia ellas fue más novedosa, y por ello necesitada de iluminación. Las tradiciones elegidas debían ser a la vez tradiciones que conectaran más con su experiencia y su sensibilidad —algo que, por otra parte, es obvio, pues se lee y se interpreta desde un lugar hermenéutico concreto—.

Por otra parte, la profusión de ejemplos y tradiciones femeninas puede estar dejando traslucir una resistencia a perder protagonismo femenino. En Juan se habla mucho en términos inclusivos —lo cual no siempre aparece debidamente subrayado en las traducciones—, por eso muchas de las cosas que se dicen sobre varones son atribuibles también a las mujeres, pero el tratamiento positivo de la mujer, los múltiples lugares donde aparece, su importancia narrativa y teológica, así como las tradiciones subyacentes, parecen estar apuntando a una intención positiva en favor del protagonismo y la responsabilidad femenina en cuanto tal. Es interesante darse cuenta de que, casi por la misma época, las cartas pastorales testimonian una situación muy diferente respecto a las mujeres, su lugar en la comunidad y su papel en la tarea evangélica.